

RUFINO BLANCO FOMBONA, EL MODERNISMO Y LA EXPRESION AMERICANA

Por CESIA ZIONA HIRSHBEIN

I

En el período correspondiente al *modernismo* en literatura, movimiento que significó una reacción a los moldes clásicos y románticos y que abarcó las dos últimas décadas del siglo XIX y la primera del XX, la *crítica literaria* venezolana se vio respaldada por figuras tan importantes como Rufino Blanco Fombona, José Gil Fortoul, Pedro César Domínici, Jesús Semprum, Julio Planchart y Luis Correa, entre otros. Época de crisis y de cambios, en la cual el pensamiento literario va a servir de enlace, hasta cierto punto, entre las doctrinas filosóficas, políticas y la cultura del momento. Rufino Blanco-Fombona, quizás el más controversial de todos ellos, se inserta de un modo renovador, en medio de la corriente positivista comtiana y la estética modernista. Positivismo y modernismo, que aún cuando no imbricados, representaron —ambos en un mismo momento histórico-cultural— un cambio sustancial y profundo en el pensamiento de una Venezuela finisecular, inscrita en un romanticismo trasnochado, a la vez que golpeada por sucesivas y arruinantes dictaduras.

La amplitud y variedad del talento de Blanco Fombona, además de su carácter polémico y polifacético, lo hacen destacarse por entre los demás ensayistas de su época, a la vez que su posición irreductible lo convierte en paradigma de la lucha antigomecista. Pero generalmente, su fama tiende a señalarlo como a un destacado novelista más que ensayista. De este modo, al hablar sobre su obra, primero se suele pensar en el extraordinario creador de personaje que multiplica sus visiones en *El hombre de hierro*, *El hombre de oro*, *La máscara heroica* y *La mitra en la mano*, o incluso se suele traer a colación al poeta que escribe los conmovedores y modernistas *Cantos de la prisión y del destierro*, *Trovadores y trovas*, y la *Pequeña ópera lírica* (prologada y admirada por su compañero de generación, Rubén Darío). Sin embargo, junto a esta indiscutible e importante faz creadora, tenemos que resaltar su importante labor como crítico que se opuso y luchó contra el caos de su época. Y esta lucha, guiada por una férrea voluntad, tiende a consagrar su interés y sus esfuerzos, no sólo en el destino de su país, sino también en el de España (donde pasó gran parte de su vida), extendiéndose a la situación europea en general. Pero donde su labor fue más importante y enérgica es en el estudio de los pro-

blemas referentes a Hispanoamérica y su expresión cultural. Este hombre, que causó tanto asombro y hasta enemistad entre sus contemporáneos, por el matiz satírico, agudo, claro y además vivazmente polémico de su obra, expresó a través de una obra crítica muy densa, su ideología social e histórica, vertida en sus investigaciones literarias así como también en sus análisis de los grandes movimientos culturales que se dieron en la Hispanoamérica de principios de siglo. Ese carácter peculiarmente cultural de su texto ensayístico, está reflejado sobre todo en los libros *Letras y letrados de Hispanoamérica* (1908), *Grandes escritores de América* (1917), *El modernismo y los poetas modernistas* (1929), *Motivos y letras de España* (1929) y *El espejo de tres fases* (1937). En estas obras (como en casi todas las demás) se mezclan, por esa heterogeneidad y heterodoxia intelectual que siempre lo caracterizó, los más variados asuntos: literatura; sociología; historia; notas eróticas y autobiográficas; trazos y trozos de personajes famosos; experiencias personales que se insertan en la historia de su época, y donde se manifiesta su carácter universal, como es el caso de sus crónicas relacionadas con la primera guerra mundial que lo agarró en Francia, la caída de la monarquía española, la República, etc., aunque el denominador común en todas ellas es su preocupación por los grandes problemas de nuestra América.

También en sus *Diarios* se van a mostrar sus análisis de corte histórico, político y literario, lo que hace que estas obras, además de ser importantes como documento de la época, sirvan como punto de referencia para estudiar el pensamiento de Blanco Fombona. En ellas se insertan toda una serie de aspectos relacionados con el quehacer ensayístico de Blanco Fombona. Aparecen como variaciones sobre un mismo tema, y están escritos casi todos ellos en el fragor de la lucha cotidiana y dentro de los pequeños y grandes acontecimientos de la vida diaria. Hombre de pasiones, Blanco Fombona refleja en sus *Diarios* con mayor fuerza aún que en otros escritos, su pensamiento americanista, su idea de la expresión americana y su inconmensurable odio por las tiranías. De un lado Bolívar, de otro Juan Vicente Gómez (mejor llamado por él *Juan Bisonte Gómez* o *Judas Capitolino*. Al tirano opone Blanco Fombona al Libertador, gozoso de encontrar en su América deshonrada por el despotismo, una figura luminosa y noble, capaz de inspirar los entusiasmos. En un lenguaje lleno de una belleza creada por la exaltación y el apresuramiento, además pleno de contrastes que producen impacto y emoción, describe, junto a episodios literarios, poéticos y eróticos donde está presente su amor por la belleza y el arte, la situación de un hombre profundamente herido por las dolencias de su patria, tal como aparece en *Diario de mi vida, la novela de dos años* (1906-1914) y *Dos años y medio de inquietud*.

Por el otro lado, dentro de ese panorama variado y polimorfo que nos va a definir la personalidad de Blanco Fombona, destacan por su valor analítico, sus trabajos específicamente sobre historia, a los cuales llega impulsado por la necesidad de conocer nuestras raíces y así explicarse "científicamente" el momento presente. Con esa intención, entre positivista y francamente determinista, escribió *El conquistador español del siglo XVI* y *La evolución política y social de Hispanoamérica*. No podemos dejar de mencionar aquí sus exhaustivos trabajos sobre Bolívar, cuyo nombre y gesta ayudó a dar a conocer y divulgar en Europa, sobre todo en España, y especialmente entre los escritores, pensadores y políticos españoles de las generaciones posteriores a la guerra del 98. Así tenemos los siguientes títulos: *Bolívar*,

escritor (1914), *El pensamiento vivo de Bolívar* (1942), y *La inteligencia de Bolívar* (Discurso de Recepción como individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, 1939).

Finalmente, hay que destacar su importante labor divulgativa al frente de la *Editorial América*, durante su espinoso y largo exilio europeo. Recordemos que Blanco Fombona, el político y el hombre de letras toma el camino del destierro a los 32 años de edad, sin abandonar desde entonces ni por un momento, sus ideas ni su lucha contra la dictadura gomecista. En esa época su nombre empieza a sonar en el extranjero, mientras que en su patria es silenciado. Fueron años de exilio fructífero (1915-1927), tanto por su producción intelectual y creativa como por la organización de la *Editorial*, que durante esos años dio a conocer no menos de 300 títulos, en su mayoría de autores hispanoamericanos, y que se constituyó así en una exitosa empresa comercial, a la vez que en un centro de difusión del americanismo, bien necesario y también bien insólito en la España de aquellos tiempos. En uno de sus libros, *Motivos y letras de España* acusa Blanco Fombona que el librero español había despreciado a los escritores latinoamericanos para su comercio editorial porque:

... Se creía y se cree, se decía y se dice, que allí no existe nada que valga. Y yo respondo que el editor español por lo general carece de sentido de adivinación; y a veces, de sentido común. Y el librero español en América —inmigrante ignaro y patriotero vulgar—, es peor aún. Para él, un libro de Montalvo, o de Martí, o de Sarmiento, o de Baralt, o de Caro, maestros del idioma español, es y debe ser inferior a una novela asquerosa y mal escrita de cualquier oscuro pornógrafo peninsular...¹

Blanco Fombona, con mayor sentido común y sorprendentemente más moderno que los libreros españoles, y con un gran amor por Hispanoamérica y sus escritores, suplió esa carencia de ediciones de autores americanos a través de una editorial propia que tanta importancia adquirió en la vida cultural española de su época. En su *Editorial América* Blanco Fombona creó las más variadas colecciones: "Biblioteca Ayacucho", "Biblioteca Andrés Bello", "Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales", "Biblioteca de Autores Varios", etc. Se publicaron obras de próceres como O'Leary, Rafael Urdaneta, las memorias de José Antonio Páez, las cartas y proclamas de Bolívar, las obras de escritores como Manuel Díaz Rodríguez, José Enrique Rodó, Andrés Bello, Sarmiento, Pedro Emilio Coll, José Rafael Pocaterra, Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera, Rafael María Baralt, Cecilio Acosta, incluso obras de actualidad internacional e inéditas en castellano para la época, como el *De profundis* y *El renacimiento del arte inglés y otros ensayos* de Oscar Wilde, algunas obras de Eca de Queiroz, la novela *Hambre* de Kunt Hamsun, las *Historias inverosímiles* de Giovanni Papini, etc. Y siempre precedidos por un prólogo del mismo Blanco Fombona.

II

Tenía Blanco Fombona su particular concepción del mundo, que sólo se puede deducir de la totalidad de sus obras, ya que no escribió ningún trabajo particular

1. RUFINO BLANCO FOMBONA, *Motivos y letras de España*, p. 121.

de filosofía. Pertenece ciertamente, este venezolano cosmopolita, a la cultura de la segunda mitad del siglo XIX, que tiene por cimientos el positivismo de Augusto Comte, la biología de Darwin, la sociología de Spencer, y la filosofía de Nietzsche. Y su pensamiento tiende más hacia las cuestiones políticas y literarias que a las metafísicas,

no se trata de un filósofo, sino de un poeta, de un novelista; en suma, de un literato que, como Nietzsche —guardando las distancias— gusta de exteriorizar su pensamiento en cortas y fugaces disquisiciones”.²

señala el escritor español y amigo de Blanco Fombona, Andrés González Blanco.

Y gran parte de este pensamiento crítico-literario de Blanco Fombona, expresado a lo largo de toda su obra en forma de “cortas y fugaces disquisiciones” como acertadamente las adjetiva González Blanco, cumple en su gran mayoría con los “preceptos” positivistas, al relacionar el hecho literario con la psicología, con la historia, la sociología y todas las demás ciencias que vinieran al caso. Es su labor ensayística y literaria que Gonzalo Picón Febres define en los siguientes términos:

... la que analiza las condiciones esenciales del medio ambiente en que se producen las obras que caen bajo su jurisdicción, así como el momento histórico-social, como el temperamento del autor, como la escuela a que pertenece, como su parecido a otros escritores, como el fondo de sus producciones y la parte de originalidad ingénita que se les ve en el estilo, como el valor psicológico de ellas o su trascendencia en lo que dice relación con la filosofía, como su correspondencia o afinidad con la vida y con el alma de quien las ha engendrado, como las bellezas y defectos que contengan, como las formas de expresión que las adornan y como la armonía que existe, más o menos resaltante, entre estas formas de expresión y las ideas...”.³

Sobre todo, Blanco Fombona le va a dar gran importancia al factor psicológico: “Alma quiero, no literatura”, exclama en su *Diario* fechado el 5 de abril de 1913:

... Lo que más me interesa en un libro es el autor, el alma del autor. Por eso no leo libros tontos o vulgares; a la segunda página, sé si debo continuarlo o no. La lectura que prefiero es la de un *Diario* íntimo; o de unas *Memorias*, sobre todo si no son políticas ni de algún militar: los soldados resultan prolijos y carecen de alma como las bestias. Después me complacen las biografías de hombres célebres; después, las biografías de hombres corrientes, es decir, las novelas modernas; después, los estudios de crítica y, por último, las obras de psicología, de psiquiatría y aun de lo que llaman ahora los alemanes y austríacos, psico-análisis. Leo con agrado la historia; la de Momen, de un Taine. No me interesa la aparatosa, mentirosa, teatral...”.⁴

Termina confesando que a “... los poemas hago puesto especial...”. Blanco Fombona relaciona estrechamente y hasta donde esto es posible, la obra con el autor. Participa, de este modo, con uno de los planteamientos más destacados de la filosofía latinoamericana de su época, y que representó una constante en muchos

2. ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO, *Escritores representativos de América*, p. 157.

3. GONZALO PICÓN FEBRES, *La literatura venezolana en el siglo XIX*, p. 216.

4. RUFINO BLANCO FOMBONA, *Camino de imperfección. Diario de mi vida (1906-1914)*, p. 280.

de sus pensadores: el tema del *hombre*, (recordemos *La raza cósmica* de José Vasconcelos o "el indigenismo" de Franz Tamayo, inserto este pensador dentro del análisis positivo del mestizaje en la América Latina). Este tema, bastante polémico, que destaca al hombre como el centro de la acción histórica e intelectual, se ve reflejado también en la obra de crítica literaria de Blanco Fombona, al destacar por sobre los demás valores, la personalidad humana de los escritores, que no desaparece, según nuestro autor, bajo el ropaje de la intelectualidad: los escritores son hombres ante todo y por sobre todo. De ahí la importancia primordial que tiene para Blanco Fombona estudiar las vivencias, la biografía, las anécdotas de los artistas.⁵

Esta *weltanbauung* que toma a la *biografía* como expresión de la singularidad humana, como célula de la totalidad histórica, parece haber animado a numerosos autores latinoamericanos, y esta misma idea atrajo Blanco Fombona en sus ensayos literarios como *Grandes escritores de América*, *Letras y letrados de América*, o en algunos capítulos de *Motivos y letras de España* e igualmente en su famoso texto *El modernismo y los poetas modernistas*, que se convirtió sin lugar a dudas, en el vocero de este movimiento, movimiento que abarcó en su órbita creadora a todos los pueblos de habla española en Hispanoamérica, y que constituyó una revolución literaria, como bien lo preconizó Blanco-Fombona en las páginas del libro.

III

Como ya lo habíamos indicado al inicio, Rufino Blanco Fombona fue un hombre de letras en el amplio sentido del término, y además un gran poeta con todo ese encantamiento verbal propio del modernismo, pero fue sobre todo el crítico y el propagandista de la nueva poesía, y el que la dio a conocer e impulsó en Venezuela y en Hispanoamérica. Con esta mezcla de elementos de enjuiciamiento y de creación, adquiere Blanco Fombona la capacidad de ofrecer planteamientos de gran interés para el devenir de las letras americanas; además de mantener en todas sus consideraciones la precisión del concepto y la agudeza en las ideas, al mismo tiempo que establecer una estrecha relación entre su pensamiento político, las ideas psicológicas y los conceptos literarios. Fue de los primeros que afirmó los rasgos psicológicos precisos de la poesía modernista.

El pesimismo, el refinamiento verbal, la exaltación de la sensibilidad; una actitud de espíritu rebelde, un desafío tácito, pero evidente, a todo lo viejo —imágenes, metrificaci6n, sentimientos, ideas—, un anhelo desbocado de hermosura y de liberaci6n. . . No es todo. Caracteres distintivos de la obra modernista se advierten el amor de la forma, la sensualidad, el escepticismo, la indiferencia moral (hasta en los místicos como Neruo), la tristeza de espíritu y —como ya hemos visto— el exotismo. De preferencia un exotismo francés y helénico. . .⁶

Al mismo tiempo, parece como si esa visi6n del hecho literario descrita por Blanco Fombona, que impone lo ex6tico y lo imitativo como principio de la creaci6n,

5. Este modo tan de su 6poca de enfocar la literatura, que pone primero al autor y luego al texto, en cierto modo se entronca con su ideología del determinismo racial (que trataremos más adelante) como la clave para descifrnarnos el fondo íntimo de lo literario.
6. RUFINO BLANCO FOMBONA, *El modernismo y los poetas modernistas*, p. 27.

lo llevara a formular aspiraciones y fulgores americanistas que dan fuerza original a este estudio compilado en *El modernismo y los poetas modernistas*. Esta obra se convierte así, en el principal instrumento de afirmación y esperanza por la búsqueda (y lucha) de una literatura “autóctona”, a la vez que en estudio profundo y profuso de los más importantes representantes del movimiento: Rubén Darío, Salvador Díaz Mirón, Julián del Casal, José Asunción Silva, Julio Herrera Reissig, etc. Con respecto a su planteamiento inicial, presentado al comienzo del libro, señala Rufino Blanco Fombona que el modernismo, a pesar de sus excursiones hacia paraísos forasteros,

ha sido para América una revolución semejante a la del romanticismo en Francia. Esa revolución, como la de nuestra emancipación política, se produjo al mismo tiempo en todas las capitales del Continente... comenzó la reacción hacia un arte más de América.⁷

Es la transición del arte servil “que llevaba gorro frigio” a lo verdaderamente americano.

Para llegar a estas proposiciones americanistas, empieza Rufino Blanco Fombona por analizar y dividir la nueva poesía de América: “. . . en dos ramas, que no debemos confundir: el modernismo y el rubendarismo. O con más propiedad: al modernismo le brotó una excrecencia. . .”⁸ El excesivo cuidado de la forma llevó a casi todos los poetas, empezando por Rubén Darío, a un derroche verbal totalmente divorciado del medio y de la imagen de nuestra tierra americana: tosca, impetuosa, sin armiños, ni cisnes, ni príncipes de cuentos de hadas. Ya para el año de 1910 se había suscitado el escándalo que haría exclamar en admirable soneto, al poeta Enrique González Martínez:

¡Tuércele el cuello al cisne! . . . ¡Mira el sapiente buho!

Desgraciadamente era el cisne de Rubén Darío . . . Esa transformación (por no decir degeneración) del modernismo —que había inaugurado sus apariciones triunfales con una conciencia de la forma, la adquisición de un lenguaje sensual y un “anhelo desbocado de hermosura y de liberación”—, hacia el “exagerado” exotismo frívolo donde “el poeta distribuye sus entusiasmos entre esa Francia de abates galantes y marquesas de Fragonard”⁹, será inevitablemente la chispa de la rebelión americanista. De esa “excrecencia” del modernismo, surgirá entonces una literatura renovada, más auténtica y que se volcará totalmente hacia el mundo y hacia el espíritu americano. Lo más importante, es precisamente que aquel modernismo “extrajenrismo nos habrá servido de trampolín, sin suponerlo, para saltar al corazón de nuestra América. . .”¹⁰ Estos planteamientos de Blanco Fombona se constituyen en una especie de premonición del gran auge que iba a tener la poesía y la novela de los años posteriores. En efecto, apenas superado el modernismo, la poesía tuvo un movimiento renovador donde curiosamente se destacaron las mujeres; así tenemos a Delmira Agustini, Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou y Gabriela Mistral. De igual modo, la novela alcanzó un singular relieve, y ofreció al mundo una primera

7. *Idem*, pp. 38-39

8. *Idem*, p. 34.

9. *Idem*, p. 35.

10. *Idem*, p. 41.

imagen de América renovadora, gracias a su autenticidad y vigor creativo, con figuras como Rómulo Gallegos, Mariano Azuela, Alcides Arguedas, Ricardo Güiraldes, y más adelante Arturo Uslar Pietri, Jorge Icaza, Jorge Luis Borges, Alejo Carpentier, Miguel Angel Asturias, Juan Rulfo, Cortazar, Gabriel García Márquez, etc.

A partir del modernismo, pues, se hace propicia la ocasión para la búsqueda de una expresión típicamente americana. Debía comenzarse, dice Rufino Blanco Fombona, por prestar atención a nuestro propio suelo, a nuestras propias costumbres, a nuestro medio social y a nuestro propio espíritu, como las materias más favorables para iniciar el camino hacia una literatura más libre y también más original, autóctona:

Los americanos —algunos deliberada y conscientemente, otros dejándose llevar por el ejemplo y por oscuros imperativos psicológicos— hemos ido reaccionando contra la insinceridad literaria, contra la extranjería y hemos empezado a cultivar un arte criollo, autóctono: el criollismo.¹¹

Más adelante se pregunta: “¿Qué es el arte criollo, el criollismo?”. Y responde:

El arte que pertenece y caracteriza a los criollos. . . Arte de intención personal, de intención social, de intención universal: eso debe ser nuestro arte”.¹²

Nos convida Rufino Blanco Fombona, como antes lo había hecho Andrés Bello en su poema *Silva a la agricultura de la zona tórrida*, a que retornemos a nuestras imágenes, a nuestra propia lengua española, sin amaneramiento ni giros extranjeros; “dejemos tranquilo el fruto ajeno”, nos recomienda. Debemos aprovechar lo nuestro. Desde el propio descubrimiento de América, nuestra historia se inicia con imágenes poéticas y sobrenaturales. Recuérdese las impresiones que desde Colón y pasando por los cronistas y los poetas, se escribieron sobre nuestra naturaleza exótica: para ellos los lagartos eran dragones, y las impenetrables selvas, pasajes oscuros y misteriosos. La historia hispanoamericana empieza su camino de formación cultural con las imágenes poéticas y sobrenaturales de sus primeros pobladores, y siempre va a vivir signada espiritualmente por esa imagen que tanta impresión causó y aún causa a quienquiera pise suelo americano. Primero, será la imagen natural y luego, bajo la impronta del ojo poético, se trastocará en imagen poética metafórica. Blanco Fombona, aún cuando, sin destacar tanto la idea del paisaje como primer impulso espiritual de nuestro idioma, como lo habían creído muchos pensadores latinoamericanos al ver en nuestra naturaleza, la raíz de nuestra literatura, sostiene sin embargo que hay que sacarle partido a los elementos hispanoamericanos, porque a través de ellos, no sólo se logrará una literatura original con un lenguaje también original y legítimo, sino que sobre todo, se logrará la independencia intelectual.

El criollismo es eso, pues, para Rufino Blanco Fombona: la liberación y revelación de nuestra lengua y de nuestro espíritu. Convivir con lo nuestro, sentirlo, alcanzar la plenitud de lo verdaderamente “nacional”. La utilización de la riqueza del material americano, de su naturaleza espiritual y social podrá reclamar un estilo, el espléndido estilo “criollo”, que el peculiar clima nos impone. Para sintetizar

11. *Idem*, p. 40.

12. *Idem*, pp. 44-45.

estas ideas, nos permitimos transcribir la siguiente idea de Rufino Blanco Fombona, que al mismo tiempo nos muestra su singular estilo pasional:

Hay que conocer, y no sólo conocer, sino estudiar todo lo extranjero; todo, para no imitarlo. Podemos admirar un traje de la Rue de la Paix y aun comprárselo a nuestra esposa; pero no podemos ir de gabán de pieles a nuestras ardientes playas porque en Londres o en Hamburgo haga frío. Conocerlo todo, para aprovecharlo sin seguirlo. Para ser los amos y no los siervos. Para ser señores y no simios. Para enriquecer nuestro espíritu y que sea más libre y, como hasta ahora más esclavo. Nuestros gritos son éstos: ¡Viva la libertad! ¡Viva la independencia! No queremos ser colonias y menos por el espíritu. Simón Bolívar sigue siendo nuestro héroe.¹³

Es, pudiéramos decir, el reto, la arrogancia de nuestro arte americano, que sin embargo, enlaza el destino de una literatura y una cultura auténticamente americana con el “yo racial”, con “el espíritu de nuestra raza”.¹⁴ Y es que la filosofía positivista latinoamericana se plantea, como uno de sus temas vitales y de mayor trascendencia, el llamado *problema racial*, problema del cual no pudo abstraerse Blanco Fombona. En efecto, vemos cómo participa con casi toda su obra ensayística en esta temática, aún cuando a la luz del pensamiento actual podamos entender la utilización que hace del concepto de *raza*. La relaciona con el del idioma, la cultura y la literatura; al considerar que las manifestaciones histórico-sociales y culturales del hombre y sus valores existenciales dependen de la raza (para Rufino Blanco Fombona el criollo “es el hombre de raza blanca nacido en nuestra América”), y lo que lo lleva, inevitablemente a creer en la existencia de “razas superiores”. Aclaremos de todos modos, que a Rufino Blanco Fombona no se le puede llamar racista en ningún momento, y para impedir cualquier duda, basta con señalar su pensamiento liberal, anti-aristocratizante y básicamente democrático. Pero, sin embargo, al buscar soluciones para una expresión auténtica y propiamente americana, nos habla de “cruzamientos”, de “poetas fecundados” de “injertos”, y de soluciones raciales. Esta concepción, emparentada con el determinismo racial, estuvo en él fuertemente ligada a su formación positivista, que lo obligó prácticamente a canalizar sus investigaciones y deducciones analíticas hacia la experiencia determinista, que en el caso de los estudios literarios, derivan consecuencias raciales en el estudio de la evolución literaria latinoamericana, al destacar la aparente “evidencia” del adelanto de ciertas naciones o culturas sobre otras (que Rufino Blanco Fombona confunde con razas), o al señalar las influencias de unos países sobre otros en el campo de la creación, o igualmente al estudiar el problema de la transculturización|

Además, como orgulloso descendiente de los españoles, “reconoce” la superioridad de la “raza hispánica” en relación con los aborígenes de América. Este modo de ver al hombre y a su medio social americano, nos asoma al problema típico de todo hispanoamericano de su época: su *complejo de inferioridad*. Aquí nos viene a la mente la extraordinaria frase que Lezama Lima lanzó en su conferencia “Mitos y cansancio clásico” en 1957,

... He ahí el germen del complejo terrible del americano: creer que su expresión no es forma alcanzada, sino problematismo, cosa a resolver...

13. *Idem*, p. 46.

14. *Ibidem*.

Lo único que crea cultura es el paisaje y eso lo tenemos de maestra monstruosidad, sin que nos recorra el cansancio de los crepúsculos críticos. Paisaje de espacio abierto. . .¹⁵

El paisaje, sí, esa mina de oro que fue el "tour de force" de muchos de nuestros pensadores, esa imponente grandiosidad de la naturaleza americana, que produjo más adelante las experiencias barrocas del novelista cubano Alejo Crpentier, o como las del poeta, también cubano, José Lezama Lima, al identificar e imbricar el primer momento de la expresión americana (barroca) con nuestra tierra exuberante. Posiblemente, el error de Blanco Fombona estuvo en no prestar debida atención a los recursos que pueden derivar del paisaje natural. Más bien, dirige sus esfuerzos "nacionalistas" hacia lo social, lo espiritual, hacia el idioma y hacia lo racial, sin verdaderamente profundizar esos enunciados o especificar su relación causa-efecto con un arte, con una lengua, o con una expresión nacional.

En este espacio de su pensamiento que habla de una conciencia nacional, aprovecha el ensayista para expresar su credo hispanista, que defiende la afinidad filial entre españoles y americanos. Por un lado, afirma que debemos reconocer la existencia de la "americanidad" como algo que nos separa de unos y a otros, pero señala que al mismo tiempo, esta diferenciación sirve para una amistad consciente y enriquecedora, que no encubra un ansia de dominio absorbente ni se agote en las falsas identificaciones. Reconoce que la suerte última de un idioma no depende de los esfuerzos que se hagan para conservarlo (académicamente hablando), sino de la razón de necesidad histórica de su existencia y de los fines vitales y humanos a que sirva como medio de expresión. El idioma español, hablado por tantos pueblos, rebasa los límites de un patrimonio nacional y elude el control de un cuerpo docto; lo importante es difundir por el mundo el idioma español. Blanco-Fombona alaba la soltura y la gracia que los escritores americanos han infundido a ese idioma que es como un "tesoro indiviso de ellos y nosotros". Tales palabras no sólo son de una verdad hoy ya por todos reconocida, sino también nos apuntan hacia el cordón umbilical que nos une a España: *el idioma*. España y América, unidad sentida por Rufino Blanco Fombona en su punto central, de un modo único y solidario, como fusión de dos hemisferios cerebrales en un sólo pensamiento. Es insistente su preocupación de acercar a españoles y americanos al mismo tiempo que defiende su América con ardor contra los imperialistas de "Yanquilandia". Advierte que el enemigo común de España y Latinoamérica es el extranjero intempestivo, el bárbaro:

Hoy representamos en América a la gente española, a pesar del coeficiente indígena en unas repúblicas y del coeficiente europeo no español en otras, porque lo español ha absorbido o va absorbiendo lo demás, como puede testificarse por la lengua que es espíritu. Representamos, pues, con más o menos puridad y excelencia, a la gente española, por nuestras minorías caucásicas, que son las que han impreso o imprimen dirección y carácter político a nuestras repúblicas. . . Los yanquis, a pesar de su heterogeneidad étnica, representan el espíritu, la lengua y la heredada cultura inglesa. Y como los yanquis y nosotros nos aborrecemos, puede concluirse, me parece, que al ponernos en contacto, en el Nuevo Mundo, se ha establecido el viejo antagonismo de las razas y culturas que dieron origen a aquellos países. . . El enemigo de América se llama Estados Unidos. . .¹⁶

15. JOSÉ LEZAMA LIMA, *La expresión americana*, p. 27.

16. RUFINO BLANCO FOMBONA, *Motivos y letras de España*, p. 201.

Reivindica Blanco Fombona el patrimonio de los conquistadores a título de herederos legítimos y de incrementadores de esos caudales, pero reconociendo que ese tesoro forma, sin embargo, el bien indiviso de todas las gentes hispanas. Aquí se funden todos los pueblos y "razas" hispanoamericanas: Sarmiento se reconcilia con Bello, y surge la fórmula equitativa que debe regir en adelante el desenvolvimiento concorde, pero libre del castellano, y su cultura al uno y otro lado del Atlántico: solidaridad hispanoamericana. Solidaridad y a la vez autonomía, que asegura a los espíritus la elástica amplitud de los cuerpos en un gesto natural y rítmico. Nada de purismo y academicismo, sino evolución acordada y libre dentro de nuestra América.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- BLANCO FOMBONA, RUFINO, *El modernismo y los poetas modernistas*. Madrid, Edit. Mundo Latino, 1929.
- , *Motivos y letras de España*. Madrid, Edit. Renacimiento, 1930.
- , *Camino de imperfección. Diario de mi vida (1906-1914)*. Madrid. Edi. América, 19... .
- GONZÁLEZ BLANCO, ANDRÉS, "El polígrafo: Rufino Blanco Fombona" en *Escritores representativos de América*. Madrid, Edit. América, 1917.
- LEZAMA LIMA, JOSÉ, *La expresión americana*. Madrid, Alianza Edit., 1969. (Colección: "El libro de Bolsillo", N° 206).
- PICÓN FEBRES, GONZALO, *La literatura venezolana en el siglo XIX*. Caracas, Fuentes para la historia de la literatura venezolana, 1972.